

Beso sin brujula

Yo también tuve un beso con bolsas de la compra en las manos. Las bolsas de las verdura para mi, las de la fruta para él, los brazos abiertos hacia atrás, en un intento de saborear al mundo a través de nosotros.

Entre los vendedores que gritaban los mejores precios de las mandarinas, el chaval que empujaba el carrito cargado de cajas, las señoras que paseaban charlando mientras miraban las ofertas del día, los nuevos puestos a borde de la calle donde venden el pan árabe, y cuerpos que pasan, cuerpos que hablan, cuerpos que miran, que compran, que trabajan, cuerpos que se enfrían, que se enfadan, que cargan, cuerpos que sueñan, cuerpos que vuelan... entre todo esto, entre esto y mucho más, entre esto y todo lo que pasa y no nos damos cuenta, de repente nos encontramos, una mañana de invierno nublado - por fuera, por dentro - invierno nieblado, invierno gris. Allí nos encontramos, con las bolsas de la compra entre las manos. Las de las verdura yo, las de la fruta, él.

Hacía tiempo que no nos veíamos. Desde aquella mañana que salí de su cama sin casi saludarlo, desde aquel telefono que sonó y su voz al otro lado decía ¿cuándo vuelves? estoy bien contigo. Desde cuando sin saber porqué me fuí, desde cuando sin saber cómo monté en la bicicleta, verde, usada, igualita a la que compré años más tarde en otra ciudad, una ciudad del sur. Monté en la bicicleta con el olor de su piel aún en la mía, con su voz tranquila que me llama y me dice, ¿Adonde vás?

Por un momento volví atrás.

Volví a su camisa roja en el medio del murmullo de gente. Su pelo negro y sus manos. Volví a su voz que lo abarcó todo desde el primer instante y aunque ya nos conocíamos fue aquella noche cuando esta historia empezó. Al lado del río, entre gente que baila y consume buscando aire fresco, un aire fresco que cuando vives en ciudad – una ciudad del norte - es difícil de encontrar y muchas veces se confunde en fugaces sonrisas, en una invitación en un local nuevo, en un hombre que encuentras por la noche y mañana se lo lleva el viento .

Pero esta vez el viento no se lo llevó a él. Esta vez el viento me llevó a mi. Y yo no sé si quería. No se porque aquella mañana bajé del altillo con una calma realmente extraña para mi. Sus manos aún en mi vientre se deslizaban como infinitas mariposas de algodón que danzaban por mis venas, la música e *il profumo dei croissant, il caffè caldo, la colazione a letto*. Mis palabras y sus dibujos mezclados entre las mantas, encima de las piernas, no había razones para irse, muchas para quedarse, pero yo ... yo, no quería saber porque, dejé de hablar y me fui.

¿Adonde vás?

Y por otro momento más, volví atrás y le abracé en un abrazo que ya no olvidé, un abrazo que me llevé en la bicicleta y a los pocos días en un avión, mirando fuera por las ventanillas y recordando ... ¡!ah!! el amor..... Nube violeta que ablandece las aceras. Lengua que juega entre mis labios. Dedos que tocan,

piel que habla. Abrazando su cuerpo, lo descubrí cercano, pero me fui y no te dije porque. Sólo te escribí una carta en la que no te explicaba nada. Y ya no recibí respuestas, ni invitaciones.

Hasta que compré las alcachofas años después en el mercado.

La mujer del puesto tenía mejillas rojas y los dedos hinchados por el frío, entre el gorro y la bufanda sólo se veía una pequeña nube de humo helado, pero sus gritos para llamar a la gente y vender *le migliori melanzane della terra di puglia a solo un euro al kilo!* calentaban el ambiente de tal manera que realmente era difícil creer que este era el frío norte. Personas de todas partes del planeta se disputaban las mejores berenjenas del sur, en una rebujina de colores y olores que procedían del puesto de al lado, donde los vendedores ocultados por las montañas de especias y los botes de miles de aceitunas de todo tipo y tamaño traducían constantemente los nombres de su mercancía ahora al italiano, ahora al español, al francés, al pakistaní, al hindú. Y después de la señora indiana llegó mi turno.

< [...] y luego ... ponme un kilo de alcachofas...>

< A mi también.>

Levanté la mirada y él estaba allí, con las bolsas de su compra en las manos. Llevaba una sonrisa reciente, como de quién acaba de contar un chiste y espera que el otro también se ría. Pero no me eché a reír, lo miré y me quedé casi sin palabras. Sonriendo. Un día recuerdo le dije, ya nos encontraremos un día, tal vez comprando al mercado. Pero cuando lo dije no pensaba que iba a ocurrir. Claro. ¿No? No es que una piensa que esto va a pasar de verdad, fue más bien un intento de crear un lazo que no se iba a romper a pesar de que me iba a ir, un dejar las puertas abiertas a pesar de los dosmilkilometros y algo más – y algo más - que separaban la ciudad del sur de la ciudad del norte. Un jugar a inventar finales diferentes a los que realmente estamos creando. Pero esta vez, era diferente de verdad. Otra posibilidad de repente se presentaba, justo allí, en el mercado del sur en la ciudad del norte.

Compramos alcachofas, además de las imperdibles berenjenas, y entre el peso de la compra por un lado y por otro la fuerza de la atracción, conseguimos dar forma a un nuevo beso... en equilibrio entre dos contrapuestas direcciones...

..las bolsas, los labios

..adelante, atrás

.. frío, calor

...el y yo

..el norte.. el sur..

Remezcla de Vida Africana.